

hubieran tomado posesion los holandeses del Connecticut. En tanto, el pueblo de Plymouth habia empezado á tomar posicion en el Connecticut, y cuando Van Twiller envi6 una compa \tilde{n} ia de soldados para arrojar á los ingleses de aquel punto, se mantuvieron firmes en su defensa, teniendo que retirarse los holandeses sin hacer uso de sus armas.

El nuevo gobernador tenia empe \tilde{n} o en mejorar la condicion de Nueva-Amsterdam.

Edific6, pues, una iglesia, cuarteles para las tropas, molinos, etc. Empero las disensiones con los patronos fueron un grande obstáculo para los adelantos de la colonia. Con el fin de cortar semejantes disputas, se propuso que se compraran los patronatos, y Swansdale fué vendido á la compa \tilde{n} ia por unos 6,000 pesos fuertes. En el Connecticut, el pueblo de Massachusetts

iba estrechando de dia en dia á los holandeses. Una partida que sali6 de Plymouth, trat6 de apoderarse por sorpresa del fuerte Nassau en el Delaware. Van Twiller, mirando por sus propios intereses, se asegur6 valiosos terrenos en Long-Island y otras isletas adyacentes. Van Dincklagen, *Schout-fiscal* en Nueva-Amsterdam,

sugeto de integridad, y muy capaz, present6 quejas en Holanda contra Van Twiller, y éste fué destituido poco tiempo despues, reemplazándole William Kieft, en marzo del a \tilde{n} o siguiente.

Por su parte, los habitantes de Nueva-Inglaterra, iban adelantando hácia la posesion del territorio reclamado por los holandeses en el Connecticut, al mismo tiempo que aparecian nuevos competidores en la bahía de Delaware. Eran estos los audaces y enérgicos suecos, cuyo soberano, el ilustre Gustavo Adolfo, aperciéndose desde luego de las ventajas que podria proporcionar

la colonizacion en América, acababa de formar una compa \tilde{n} ia con este objeto. La prematura muerte de Gustavo en la batalla de Lutzen, en 1632, y la declaracion de guerra con la Alemania, paralizaron toda accion decisiva durante algunos a \tilde{n} os.

El canciller Oxenstiern favoreci6 el proyecto de la nueva compa \tilde{n} ia, y le renov6 su patente; pero no fué sino hasta el fin de 1637 cuando estuvo aprestada la espedicion para darse á la vela, bajo el mando de Minuit, que habia sido anteriormente director de Nueva-Holanda. Llegado que hubieron al Delaware los espedicionarios, en número de cincuenta hombres, compraron tierras á los naturales del pais, cerca de la punta de la bahía, y edificaron un fuerte llamado *Christina*, en honor de la reina de Suecia. El gobernador holandés Kieft protest6 contra esta usurpacion, sin que su protesta tuviese resultado alguno; y como toda tentativa de hostilidad contra los suecos hubiera sido imprudente, desisti6 de ella. Bajo tales auspicios continu6 aumentando la emigracion durante muchos a \tilde{n} os, y el gobernador Printz estableci6 una residencia y construy6 un fuerte cerca de Filadelfia. Así, pues, la Pensylvania fué ocupada por los suecos antes que Penn se hiciera due \tilde{n} o de ella, y las márgenes del Delaware, desde el Océano hasta las cascadas cerca de Princeton, fueron conocidas con el nombre de Nueva-Suecia.

No obstante la enemistad que generalmente reinaba entre holandeses y suecos, estos se unieron á aquellos para repeler á los ingleses, que intentaron establecerse en los confines de los terrenos cuya posesion reclamaban como suya propia. Todos los que vinieron fueron rechazados por la fuerza, ó compelidos inflexiblemente á someterse á la autoridad sueca.

CAPÍTULO VI.

1620 — 1631.

FUNDACION DE NUEVA-INGLATERRA.

Interés é importancia que ofrece la historia de Nueva-Inglaterra.—La Reforma.—Sus efectos.—La Reforma inglesa.—Sus progresos bajo los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI, Maria é Isabel.—Jacobo I.—Su educacion y comportamiento.—Puntos de disidencia entre los puritanos y la iglesia de Inglaterra.—Cuáles eran los sentimientos que abrigaba el rey respecto al partido puritano.—Discusiones intestinas.—Los Crownistas ó independientes.—Los ancianos Brewster y Robinson.—Emigracion á Holanda.—Disputas en Amsterdam.—Traslacion á Leyden.—Razones que les hacian desear á los puritanos abandonar la Holanda.—Resuélvense á colonizar á América.—Hácense á la vela.—Viaje tempestuoso.—Arriban á la costa, cerca del Cabo-Cod.—Contrato social.—Pe \tilde{n} on de Plymouth.—Padecimientos durante el invierno.—Relaciones con los indios.—Sus temores ó aprensiones.—Establecimiento de una colonia en Wiggusset.—Estado de la colonia en 1630.—Colonia de la bahía de Massachusetts.—Cuestion de religion.—Traspaso de la carta y compa \tilde{n} ia.—Nueva-Inglaterra.—Fundacion de Boston.—Organizacion de iglesias.—Duras pruebas.—Base teocrática del gobierno.—Posicion é influencia de los ministros de la religion.

La primitiva historia de los progresos de Nueva-Inglaterra ofrece particular interés é importancia. Su posicion entre las colonias inglesas en América; el influjo que ha ejercido siempre en los negocios é intereses americanos; las personas que la establecieron; la opinion y prácticas especiales entre los colonos puritanos; las razones que les indujeron á la adopcion de sus miras, respecto á sus deberes religiosos y obligaciones civiles, tales como ellas las asentaron, las sostuvieron y se esforzaron enérgicamente en llevarlas á cumplido efecto, son otras tantas causas que hacen necesaria, á nuestro ver, la indagacion esmerada de muchas circunstancias anteriores al desembarco de los peregrinos en la costa pe \tilde{n} ascosa de Nueva-Inglaterra. Incumbenos, pues, llevar á cabo esta investigacion del modo mas breve é imparcial que nos fuere posible.

Parecerá bastante natural, que la gran re-

forma ocurrida en el siglo xvi promoviese divergencia de opiniones, y diera lugar á serias controversias y disputas entre los que voluntariamente renunciaron á la doctrina y prácticas de la Iglesia romana. Cuando se considera el sorprendente cambio que efectuaron en las creencias religiosas de algunos pueblos las predicaciones de Lutero, Zuíngles, Calvino y otros reformadores de su época; cuando se trae á la memoria el inmenso efecto producido en el mundo civilizado por la aparicion de la imprenta, que trajo consigo la restauracion del saber en Europa, y el libre uso de las Sagradas Escrituras en el lenguaje vulgar del pueblo; cuando se recuerda, en fin, que los hombres propenden siempre á llevar al extremo todas las materias que son objeto de reforma, no causará sorpresa el observar que personas de probidad y de no escasos conocimientos, abrigaran ideas diferentes de las prácticas y miras de-

ducidas de la interpretación dada á la Sagrada Escritura, en la época primitiva del protestantismo.

Además de las consideraciones de este género, había otras particularidades notables en el origen y progreso de la reforma en Inglaterra, que debían producir, andando el tiempo, honda sensación entre sus partidarios, y hacer surgir diferentes sectas religiosas dentro del reino. No fué el amor á la verdad y á la pureza del dogma el que influyó en Enrique VIII, cual lo sabe todo el que haya hojeado la historia, para que tratase de borrar á la Inglaterra del número de las naciones en que se profesaba la religion católica. Llevábase en esto sus miras particulares, y para realizarlas, calculaba perfectamente los pasos que daba. Si no sirvió con celo la causa del protestantismo; si bien fué un tirano, y un tirano brutal, no es menos cierto que rechazó con entereza las exigencias de la corte de Roma, que pretendía gobernar la Inglaterra é imponerle considerables exacciones. En tal extremo, vino á ser en manos de los protestantes un instrumento de que se valieron para poner en práctica sus creencias innovadoras. En cuanto á Eduardo VI, murió muy jóven para poder hacer gran cosa en beneficio de la reforma. El reinado de María, que sucedió á Eduardo, fué favorable al catolicismo. Isabel subió al trono con gran dosis de la altivez de su padre, y con una energía y habilidad que jamás hasta ahora superaron ninguno de los monarcas que han regido los destinos de la Gran Bretaña. Amante de la pompa y de la ostentación en todos los actos religiosos, determinó que la iglesia dominante gozara de cuantas ventajas y dignidad le fueren compatibles. Impulsado por un odio profundo contra el poder pontificio, trató, sin embargo, en cuanto le fué posible, de no enajenarse la voluntad de sus vasallos cató-

licos, con indebidas penas y severidad contra la religion que profesaban. Igualmente contraria á la ruda y austera sencillez del culto puritano, y bastante sagaz para apreciar la inevitable tendencia de las doctrinas que sustentaban sus adeptos, reprimió con mano fuerte en todo el reino á los que reclamaban ulteriores reformas y mas amplia libertad de la que hasta entonces habia podido conceder la iglesia anglicana. Por lo demás, miraba con desconfianza á los que se oponían á sus proyectos, y no estaba dispuesta en manera alguna, á tolerar la no conformidad con lo que á ella y á sus principales consejeros les parecia conveniente para la Iglesia y el Estado. El arzobispo de Cantorbery, Whitgift, estaba dotado á la vez de grande habilidad y buen deseo para ayudar á la reina en sus esfuerzos, encaminados á obligar á sus súbditos á la conformidad bajo severas penas, espediente que no era por cierto, el mas á propósito para engendrar la concordia y el amor fraternal entre los partidos contendientes.

Jacobo I fué educado, desde su tierna edad, en las estrictas creencias presbiterianas; pero cuando, por un cambio inesperado de la fortuna, estuvo en posesión de la corona, y se sentó en el trono de la que tan cruelmente persiguiera á su madre, adoptó las exageradas ideas de prerogativa que caracterizaron y arruinaron finalmente á la dinastía de los Estuardos; manifestándose dispuesto á perseguir sin tregua á los que se opusieran á sus deseos y opiniones respecto á los asuntos políticos y religiosos del Estado. Este príncipe odiaba especialmente á los puritanos, porque tenia suficiente criterio para comprender, que si sus libres opiniones prevalecían entre los pueblos, serían un obstáculo insuperable que se opondría al ejercicio absoluto del poder real que con tanto anhelo codiciaba, y cuya posesión reclamó, considerándole como de

derecho divino. Creemos sinceramente que tanto Jacobo como Carlos, su inmediato sucesor, se opusieron en todos tiempos á cualquier tentativa de reformar la iglesia anglicana, con arreglo á la que Calvino habia establecido en Ginebra.

Los dos grandes partidos en que se dividían los protestantes, disentan en bastantes puntos muy esenciales para su doctrina, ateniéndose abiertamente los puritanos á la simple Biblia, como única senda y guía que los condujera con seguridad al perfecto cumplimiento de sus deberes religiosos y obligaciones civiles, en tanto que los defensores de la iglesia anglicana declaraban franca y completamente que la Sagrada Escritura contenía cuanto era necesario para la salvación, y que no habia cosa alguna que pudiera considerarse como materia de fé, sino lo que estaba contenido y probado en ella, pretendiendo que habia de guardarse la debida deferencia al testimonio y práctica de la primitiva Iglesia, igualmente que á las decisiones de los cuatro ó seis concilios generales. Los puritanos, por el contrario, rechazaban toda especie de tradiciones, sin escepción alguna, considerándolas como supersticiosas. La iglesia anglicana queria que se mirase con respeto lo que ella consideraba como tradición primitiva, así como las decisiones de los santos padres y doctores de los primeros siglos. Los puritanos eran partidarios de la extensión que habia adquirido la reforma en el continente, y muchos de los desterrados durante el reinado de María, regresaron á su patria cuando acaeció el advenimiento de Isabel, llenos de celo y resueltos á intentar la realización, en la iglesia anglicana, de una latitud de reforma en concordancia con la doctrina y práctica de las iglesias de Calvino. Los obispos y el clero de la iglesia dominante, se oponían tenazmente á todo esto, porque con-

sideraban el episcopado como de origen divino, y opinaban que las ceremonias, tales como se observaban en su iglesia, estaban calculadas para ayudar poderosamente la causa de la verdad y de la gracia divina. Así pues, mientras los unos rechazaban todas las ceremonias, porque alteraban, en su sentir, la sencillez y pureza del Evangelio, abogaban los otros por ellas, considerándolas útiles y edificantes. Estos negaban la necesidad de la ordenación por un obispo para predicar el Evangelio y administrar los sacramentos, y aquellos se oponían, y se han opuesto siempre á que ningún sacerdote oficiara en la iglesia anglicana, sino en tanto que hubiera sido ordenado por manos de un obispo.

Cual era inevitable que sucediera, surgieron duras contestaciones, y quedó ensanchada la brecha. El rey Jacobo, contando con la iglesia anglicana como su natural aliada, y viendo que las doctrinas sostenidas por el clero se adaptaban perfectamente á sus ulteriores pretensiones á la régia prerogativa, tardó poco en comprender que los puritanos se opondrían desde luego á su extravagante anhelo por alcanzar la supremacía irresponsable, tanto en materias civiles como en las meramente religiosas.

Eran los puritanos leales vasallos y adictos al sostenimiento de la corona en la línea regular de sucesión. Empero, no podían negar, ni negaron tampoco, la tendencia de sus opiniones hácia una libertad mas lata y una tolerancia mas estensa de la que el siglo comportaba, y con el trascurso del tiempo fueron ensanchando mas y mas sus miras y aspiraciones, precisamente cuando el gobierno se empeñaba, con indiscreción y mala fé, en obligarles á la conformidad con restrictivas y opresivas leyes. (*)

(*) Séanos permitido valernos aquí del lenguaje de uno

No obstante su penosa situación, y su antagonismo con el gobierno y la iglesia dominante, los puritanos andaban divididos entre sí. Algunos deseaban permanecer en el gremio de la iglesia anglicana, y trataban de alcanzar una reforma mas completa; pero tambien habia muchos que, rechazando igualmente el gobierno episcopal que el presbiteriano, propendian á la absoluta independencia de cada congregacion separada, y reclamaban el derecho de escogitar para sí mismos, sin ser coartados por ninguna autoridad humana, tal forma de gobierno y de disciplina eclesiástica, cual pudieran deducir del estudio y de la interpretacion de la Sagrada Escritura. Esta fraccion del partido puritano, á la que impusieron ellos mismos el nombre de los *independientes*, pero que fué calificada por desprecio con el dictado de *brownistas*, por el nombre de uno de sus corifeos, á cuyo impremeditado celo siguióse en breve una retractacion ignominiosa, continuó existiendo todavia en el norte de Inglaterra, y se vió sujeta á las penas mas severas por parte del gobierno. Muchos de sus adeptos tuvieron que refugiarse en los estados de Holanda, y establecieron una iglesia congregacional en la ciudad de Amsterdam.

de los oradores de la Sociedad de Nueva-Inglaterra: «Habiase desarrollado poco á poco entre los puritanos una nueva secta, que atrevidamente elevaba las cuestiones á su última solución, que rechazaba toda conexión con la iglesia anglicana, igualmente que el uso de la sobrepelliz, los obispos, el libro de oraciones y las ceremonias, y que fundándose únicamente en la Biblia, trataba nada menos que de restablecer la Constitución de la Iglesia Cristiana en su primitiva sencillez. Los *separatistas*, como los llamaron, pusieron en práctica sus opiniones teóricas, estableciendo iglesias, en las cuales, cuantos se adherian á sus creencias, eran considerados como el origen de todo poder, pudiendo censurarse reciprocamente en su administración: en una palabra, aplicaron á la organización eclesiástica principios que, si se hubieran introducido en el gobierno de los pueblos, habrían producido una pura democracia.»—*Herencia de los peregrinos*, por Mr. W. M. Ewart, pág. 16, y la *Oracion para 1854*.

Con los que permanecieron en Inglaterra, formóse gradualmente una iglesia, por el influjo del anciano Brewster, que tenia por morada una magnífica casa en Scrooby, en el Yorkshire, perteneciente al obispo de York. Bradford, que fué mas adelante gobernador de Nueva-Plymouth, era uno de los miembros de la congregacion, la cual eligió á Robinson para que fuese su pastor espiritual. Este último era un hombre de elevado carácter, universalmente respetado y querido por sus correligionarios, por cuyos intereses, así temporales como espirituales, se desvelaba incesantemente.

La penosa situación que la afligia, hizo que la congregacion presidida por Robinson pensase seriamente en seguir el ejemplo de sus hermanos, que habian emigrado á Holanda. En el otoño, ó á principios del invierno de 1607, fué cuando los que componian la iglesia de Scrooby empezaron á poner por obra el proyecto que concibieron meses antes de abandonar su pais natal y de ir á establecerse en otro, del cual apenas sabian otra cosa sino que encontrarían en él la tolerancia que se les negaba en su patria. Bradford ha escrito mucho, en su estilo habitual, respecto á la opresion á que estaban sujetos, tanto los ministros de su religion como el pueblo, y no cabe duda que se hicieron tentativas para acabar con aquella iglesia. Cualesquiera que fuesen estas tentativas, se interpretaron como actos de presion eclesiástica por los que reputaban un estricto deber religioso el sostenimiento de la congregacion. Empero la controversia, cual se entablaba entonces, habia de dar lugar á enconos personales, y cundir por toda la sociedad, promoviendo odios, enemistades y venganzas sin número. Mucho de lo que dice Bradford se refiere probablemente á este género de colisiones, ó cuando mas, á los actos de

los jueces de paz para compelerlos al cumplimiento de las leyes entonces vigentes. Bradford habla tambien de la viva sensación producida en el vecindario, al ver tantas personas de todas clases y condiciones, que partian con sus bienes, é iban simultáneamente á otro pais cuyo idioma ignoraban. Muchos de los emigrantes trasportaron consigo parte de sus muebles, y hasta los hubo que se llevaron todo el menaje de casa ya usado; pero no los dejaron salir sin cierta oposición. El mayor número de ellos, entre los cuales figuraban Brewster y Bradford, intentaron embarcarse en Boston, é hicieron un ajuste secreto con un capitán de barco holandés, para que los recibiera á su bordo en el puerto, lo mas ocultamente posible. Empero, obrando con perfidia el capitán, dió parte á los magistrados de Boston, y cuando estuvieron embareados y se creian ya á punto de darse á la vela, fué grande su sorpresa al ver llegar algunos oficiales de justicia, que los llevaron á la cárcel de la ciudad, llenándolos de injurias.

Pasado cierto tiempo, soltaron una parte de ellos, y los mandaron á sus casas: los demás, entre los cuales se encontraba Brewster, permanecieron muchos meses encerrados en los calabozos de Boston. Algunos que se desanimaron con el mal éxito de esta tentativa, quedáronse en Inglaterra; pero la mayor parte perseveraron en su intento, y se reunieron en Amsterdam. Durante los doce años de su estancia en Holanda, hubo un movimiento incesante de desafectos que fueron de Inglaterra á aquel pais, donde les era permitido el culto religioso con arreglo á sus propias creencias. Winslow y el capitán Miles Standish figuraban entre los que se adhirieron á la iglesia de Robinson, cuando esta cesó de funcionar en Inglaterra.

No pasó mucho tiempo sin que surgieran

tambien disputas y controversias entre los no conformistas que residian en Amsterdam, lo que indujo á Robinson, amante de la paz, á trasladar su congregacion á Leyden, donde vivieron largos años en buena amistad y concordia. Desterrados por sus creencias, no se olvidaron, sin embargo, de que eran ingleses, y les repugnaba perder sus derechos de nacimiento, si se allanaban á que sus hijos quedasen absorbidos entre sus amigos los holandeses. Considerando igualmente las ventajas temporales que pudieran alcanzar, fijaron sus miradas en el nuevo mundo y en el porvenir que éste ofrecia á los emprendedores y atrevidos emigrantes. «Bien destetados de la delicada leche de la madre patria, y acostumbrados á las penalidades de una tierra extranjera» (según sus literales expresiones en una carta dirigida á Sir Edwin Sandys), no se necesitó mucho tiempo para infundirles la invariable resolución de dirigirse á América.

Habiéndoles denegado el gobierno holandés la instancia que le dirigieron, solicitando permiso para emigrar á Nueva-Holanda (*), los puritanos vacilaron durante algun tiempo entre la Guyana, célebre por sus riquezas, y la Virginia, decidiéndose al fin por esta última colonia. Empero, como habia sido fundada por los episcopales, que exigian bajo severas penas una manifestacion pública de adhesion á la iglesia anglicana á cuantos iban á establecerse en ella, enviaron agentes á Inglaterra para tratar con la compañía de la Virginia, y asegurarse la libertad de conciencia, en el caso de trasladarse á aquella colonia. Ansiosa la compañía de fijar en aquel territorio tan importante cuerpo de emigrantes, cuya constancia

(*) Véase *Historia del Estado de Nueva-York*, por Brodhead, primer periodo, págs. 124 y 125.